

■Flash

**ISAAC ROSA  
ANA VALERO  
RICARDO  
RODRÍGUEZ**

**Tres relatos sobre  
la plusvalía**

Tres relatos sobre la plusvalía Rosa, Isaac , Valero, Ana , Rodríguez, Ricardo

ISAAC ROSA  
ANA VALERO  
RICARDO RODRÍGUEZ

TRES RELATOS SOBRE LA PLUSVALÍA

## Índice

Cubierta

Tres relatos sobre la plusvalía

Horas extraordinarias

Proyecto cultural

La parábola del ingeniero

Biografía

Créditos

Acerca de Random House Mondadori

# Horas extraordinarias

Isaac Rosa

A la generosidad de nuestra compañía debemos la instalación, años atrás, de una máquina de café en el pasillo. Aunque inicialmente fue visto con recelo por algunos empleados, y por el delegado sindical, que advirtió que aquello era una forma de control, de disposición de nuestro tiempo, de acortar la pausa del café y retenernos más horas en el centro de trabajo, lo cierto es que el paso de los años ha demostrado las ventajas del asunto: nos ahorra la molestia del desplazamiento a cafeterías ajenas al edificio, especialmente en los días de frío o lluvia, en que la intemperie de las calles desnudas del polígono no puede atraer a nadie, y hasta los empleados más diletantes preferirán la comodidad de la oficina isotérmica. Por no hablar del ahorro económico, pues la máquina de café tiene un precio simbólico (50 céntimos de euro la taza), frente al abuso de la cafetería habitual que, por ser la única cercana, impone sus tarifas sin competencia (1 euro la taza). La oferta de la máquina es, además, más ajustada, lo que aleja a los empleados más disolutos de las tentaciones presentes en la cafetería, ya sean bebidas alcohólicas, ya máquinas tragaperras. Además, la familiaridad enmoquetada de la oficina templada los ánimos y las conversaciones, pues los habituales deslenguados moderan su lenguaje y frenan las maledicencias y cizañas que enrarecen el ambiente y tanto daño hacen a la convivencia laboral.

Desde hacía varios meses era costumbre que permaneciesen en sus puestos de trabajo más allá de la hora de salida. Aunque era algo ya consolidado, y que no necesitaba excusas, no faltaba quien, cada tarde, cinco minutos antes de las siete, se levantaba de su mesa, se acercaba a la pared acristalada y, señalando hacia la hilera de luces rojas y blancas que formaban la caravana inmóvil, exclamaba para los demás, como si fuera una novedad:

—Ya se ha montado el atasco. Va a ser mejor esperar un rato an-

tes de salir.

Era la frase que todos aguardaban oír. Levantaban la mirada de los monitores, consultaban el reloj, se desperezaban y recibían el anuncio como una autorización para continuar con sus trabajos.

En efecto, todos admitían que era preferible permanecer en la oficina hasta que, una o dos horas después, el tráfico en la autopista fuese más fluido. De todas formas, tanto si salían ahora como si esperaban, llegarían a sus casas a la misma hora, con la diferencia de que en la oficina podían adelantar algo de trabajo (y siempre había trabajo de más, eso no faltaba), mientras que después de hora y media o dos horas de atasco uno llegaba a casa cansado y furioso, cuando no dañado física o moralmente en una de las habituales peleas del atasco, que solían empezar con un bocinazo, un grito con la ventanilla bajada, un corte de mangas, y toda esa altanería conductora que termina en empujones, bofetadas, patadas al aire y algún puñetazo antes de que uno de los dos se retire a su vehículo, humillado. Desde el ventanal de la oficina habían presenciado más de una tarde el espectáculo de dos púgiles que, descendidos de sus monturas, iluminados por los faros del resto de coches, iniciaban el baile de manotazos torpes y agarrones a las camisas, antes de caer al suelo y simular una pelea desganada, a la espera de ser separados.

*Aunque hablemos de máquina de café, en realidad su oferta es mucho más amplia. Además de poder elegir la concentración de café (normal, suave, cargado), la cantidad de leche añadida (solo, cortado, con leche, manchado), y el edulcorante (azúcar, sacarina), la máquina ofrece té, leche sola y chocolate, todo al mismo precio. Junto a ella, otra máquina, instalada posteriormente, expone a través de su frente transparente varios estantes con alimentos envasados: sándwiches (jamón y queso, vegetal, ensaladilla, salmón, bacon; a 1,20 euros cada uno); empanadas (bonito, carne; a 1,50 euros la unidad); bollería (magdalenas, bizcochos, donuts, cruasanes; pre-*

*cios entre 0,60 y 1 euro); aperitivos salados (patatas chips, aceitunas, frutos secos; entre 0,75 y 1,20 euros, y chocolatinas (de 0,50 a 1,20 euros, dependiendo de tamaños y presentaciones). Una tercera máquina, de reciente aparición, surte a los empleados con bebidas refrescantes (0,60 euros la lata de 33 cl.). De esta forma, cualquier empleado puede componerse un desayuno suficiente a media mañana, puente entre el café de primera hora y el almuerzo.*

Dos horas después, a las nueve de la noche, el tráfico en la autopista era todavía lento, pero el atasco iba desliéndose de forma progresiva. En la oficina solo quedaban ya seis empleados, cuyo tecleo en los ordenadores sonaba cada vez más cansino. Los teléfonos habían callado hacía ya más de una hora, y al fondo se veía el pasillo oscuro y las puertas de los despachos cerradas. Aurora, contratada por una empresa de limpieza, pasaba el trapo por las mesas desocupadas, y también por las aún ocupadas, cuyos inquilinos levantaban los pies para la escoba o se retiraban brevemente para que limpiase la superficie de la mesa libre de papeles, y esos gestos los hacían como autómatas, sin mirar a la mujer, a la que devolvían un mecánico «buenas tardes».

Sentado a su mesa, Juan (treinta y cinco años, licenciado en económicas, seis años de antigüedad en la empresa, 1.470 euros brutos al mes, 14 pagas) tamborileaba con los dedos sobre el ratón del ordenador. Miró a la ventana, al exterior ya anochecido, y después echó un vistazo sin mucho interés a la oficina, la gran sala diáfana parcialmente oscurecida, solo algunos flexos encendidos sobre las últimas mesas ocupadas. Vio cómo se ponía el abrigo uno de los empleados, y sin despedirse se alejaba por el pasillo. Recuperó bajo varias carpetas el periódico del día, y lo desplegó sobre la mesa. Abrió la última página, la programación televisiva. A ver, a ver. Miró el reloj y después consultó la oferta nocturna. Un par de series que le aburrían; una película interesante pero cuya duración, contando espacios publicitarios, la haría interminable, y un concurso idiota.

Qué coñazo, nada que merezca la pena. Metió el periódico en la papelera que Aurora acababa de vaciar, y puso los dedos sobre el teclado. A ver si termino esta mierda y me la quito de encima de una puta vez.

A dos mesas de distancia, Paloma (treinta y dos años, licenciada en derecho, tres años de antigüedad en la empresa, 1.150 euros brutos al mes, 14 pagas) tecleaba despacio y fruncía los ojos ante el monitor. Giró la cabeza, miró más allá de donde alumbraba su flexo, a la mesa ya vacía y oscura del empleado que acababa de marchar. Joder, se me fue y ni me enteré. Intentó calcular cuánto tiempo podía haber pasado desde la última vez que vio aquella mesa ocupada. La duración de tres párrafos, no más de dos o tres minutos. Miró al pasillo en penumbra, por si aún se veía al marchado. Ya debe de estar en el garaje, por mucho que corra no lo alcanzo. Pensó en el pasillo oscuro, en ascensores silenciosos que se detienen en plantas deshabitadas sin que nadie los llame; las puertas se abren y solo ves un pasillo desierto, el brillo de las luces de emergencia, los despachos cerrados. Vale, espero al siguiente, así, mientras, avanzo un poco más el documento.

En un lateral, con la mesa junto a la ventana, Ernesto (cincuenta y cuatro años, bachillerato y universidad laboral, veintidós años de antigüedad en la empresa, 1.925 euros brutos al mes, 14 pagas y una de antigüedad a cobrar en febrero próximo) observaba su teléfono móvil que, sobre la mesa, giraba despacio y lanzaba destellos de luz azulina. La vibración del aparato sobre el tablero hacía un ruido como de castaño. Duró casi medio minuto y después cesó, agotado. Unos segundos después, lanzó un breve destello, como un coletazo de la agitación anterior, un estertor. Ernesto tomó el teléfono, marcó y esperó a escuchar el mensaje. «Ernesto, son las nueve y no sé dónde estás. A la oficina no te he llamado, porque no me creo que un viernes estés ahí a estas horas. Llámame cuando leas el mensaje. Yo quería ir al hiper, pero ya no llegamos a tiempo, así que iremos mañana. El niño, para variar, no me hace ni puñetero caso con lo del fin de semana, ya le he dicho que hablarás con él, a ver si lo pones

en su sitio al mierda de niño esto este.» Ernesto dejó el teléfono sobre la mesa, miró el reloj y se balanceó unos segundos en la silla giratoria. Hacia la mesa. Hacia el pasillo. Hacia la mesa. Tomó el teléfono, acarició las teclas. Lo soltó en el mismo sitio, y reanudó el tecleo en el ordenador.

Envuelto en el humo, espeso y turbio, que la luz del flexo dejaba colgando sobre la mesa, Luis (veintinueve años, licenciado en empresariales y máster MBA, seis meses de antigüedad en la empresa, 1.320 euros brutos al mes en 14 pagas) apagó un cigarrillo en el cenicero que Aurora acababa de limpiar, el teclado lleno de ceniza que como nieve sucia había resistido en la mesa el paso indolente del trapo. Bueno, bueno. Esto está hecho, un par de horitas y se lo dejo en la mesa para cuando llegue el lunes. Coño, Luis, no me esperaba que terminases esto tan rápido. Y además está muy bien, has hecho un gran trabajo. ¿Qué te parece si comemos juntos y hablamos de aquella posibilidad que te comenté? Bueno, bueno. Encendió otro cigarrillo, y dio varias caladas mientras miraba el documento en blanco en la pantalla. Solo hace falta encontrar el modo de empezar, y luego todo viene solo. «En los últimos años, el crecimiento de la economía ha hecho posible.» No, no, esa es una fórmula tópica. «Según los indicadores disponibles de la economía española, y en concreto del sector que nos ocupa.» Espera, espera, eso suena tostón, él quiere algo más especial, para lucirse. Luis, pasa un momento a mi despacho. Pasa, cierra la puerta. Mira, tengo un trabajo especial, que no sé a quién encargárselo, y he pensado en ti. Me gusta cómo trabajas, te vengo observando desde hace unas cuantas semanas, y tengo que decirte que estamos muy satisfechos con tu rendimiento. Incluso hemos pensado algunos cambios en la estructura de este departamento, y créeme que te tenemos muy en mente, nos gusta tu estilo y tu, digamos, compromiso con el proyecto colectivo de esta empresa, ya me entiendes. Es un trabajo especial, como te decía. Lo haría yo mismo, pero es que no tengo tiempo ahora mismo, y creo que es una buena oportunidad para ti. Eso sí, esto queda entre tú y yo, ¿estamos? Tú sabes que la confian-

za, la lealtad, es un valor en esta empresa, y de ti no espero menos. A ver, a ver. «El comportamiento de la economía, como indican los indicadores macroeconómicos más.» ¿Más indicativos? Indican, indicadores, indicativos. Espabila, cretino. Ya está. Podemos empezar con un par de frases ingeniosas, algo brillante. Hay que seducir al auditorio. Recursos retóricos, eso es. O apoyarse en anécdotas. ¿Y algún paralelismo histórico? Eso siempre cautiva al público. ¿Necesitará que le escriba también los saludos y agradecimientos iniciales? No creo, y pensaré que le tomo por inútil si se lo escribo todo. En realidad solo necesito unas notas, Luis, ya sabes, algo para guiarme. Se trata de una intervención ante un foro muy prestigioso, y quiero estar a la altura, es decir, que nuestra empresa esté a la altura. Sé que puedes prepararme algo a la altura, confío en ti. Bueno, bueno.

Frente a Luis, pero mostrándole el perfil, según la disposición de las mesas que formaban cruces en el despacho, Carlos (veintisiete años, licenciado en filología hispánica, dos meses en la empresa, 850 euros brutos al mes, 14 pagas) dio un puñetazo sobre la mesa. En realidad fue un puñetazo simulado, sordo, un gesto que se pretendía lleno de rabia pero inocuo, una representación para uno mismo y su conciencia. A tomar por culo, pensó Carlos. Si hay un horario, hay un horario. No vale la mano amistosa sobre el hombro, la sonrisa cabrona, Carlos, muchacho, ya sé que es viernes, pero necesito que me prepares esas carpetas antes de irte, porque el lunes pasaré muy temprano a recogerlas, de camino al aeropuerto. No te importa, ¿verdad? Claro que me importa, cabrón. Claro que me importa quedarme un viernes por la tarde para hacerte tus putas carpetas. El horario, cabrón. No me pagas por horas, no me pagas las extras. Con el horario normal, 40 horas a la semana, 160 horas al mes. A 5,31 euros la hora, en bruto, cabrón. Y si empezamos a sumar horas extras, ¿a cuánto me pagas la hora, cabrón? ¿A tres euros? Claro, pero la manita en el hombro. Carlos, muchacho, ya sé que es viernes, pero sé que eres un buen chico, con ese sentido de la responsabilidad que te han inculcado en tu casa, tus padres tan

trabajadores, esa filosofía de obrero enajenado, el trabajo más vale que sobre que no falte, el orgullo del trabajo bien hecho, la formalidad heredada de varias generaciones de trabajadores sumisos, a mandar, que para eso estamos. Carlos, muchacho, sé que eres como ellos, que en el fondo te aplicas, te dejas los cuernos, para hacer el trabajo lo mejor posible, aunque la empresa te importe una mierda, porque son muchos años de otra mano, la paterna, en el hombro, en la cabeza infantil, hijo, el trabajo bien hecho, mientras haya trabajo todo va bien, más vale que sobre que no que falte, que nunca te puedan acusar de vago, de insolvente, de caradura.

Con el comedor, la compañía una vez más se adelantó a las reivindicaciones de los empleados. Era algo que acabaríamos solicitando formalmente, pues ya hacía algún tiempo que se comentaba su necesidad a la hora del almuerzo, cuando la mayoría desplegábamos en las mesas de trabajo los bocadoillos y fiambreras traídos de casa. Ya eran pocos los que preferían el restaurante del polígono, por lo elevado del gasto mensual (menú del día, tres primeros a elegir, tres segundos a elegir, vino, postre y café; 7,20 euros), y por lo poco saludable de ingerir todos los días una comida copiosa y ajena a dietas equilibradas (primeros platos de cuchara; segundos platos de fritanga; los miércoles, cocido completo; los jueves, paella). Además, nadie va a su casa a comer, pues vivimos lejos, y entre la ida y la vuelta se consumiría la hora y media de que disponemos para almorzar. Nadie va a casa, y acabamos perdiendo el tiempo en pasear por el cercano centro comercial (con el riesgo de consumo superfluo, compras innecesarias), o mirándonos los pies sentados en el banco del pequeño parque que hicieron sobre la escombrera. Dentro de la oficina, además de la comodidad climática, podemos aprovechar el tiempo de almuerzo para actividades enriquecedoras. Así, algunos estudian, otros leen, hay quien hace gimnasia subiendo y bajando escaleras, aunque la mayoría preferimos adelantar trabajo, que nunca falta, y cada hora adelantada es una hora ganada que tal vez sirva para no salir mucho más tarde de la hora de fin de jornada. De ahí la buena acogida que tuvo la instalación de un comedor en la inútil sala de reuniones de la segunda planta. La gran mesa es suficiente para quienes acuden al comedor (pues aún son muchos los que prefieren comer en su puesto de trabajo, ya que entre bocado y bocado se puede aligerar trabajo), y la nevera y el microondas son utilizados por la mayoría para conservar alimentos y calentar las comidas traídas de casa.

A las once menos cinco de la noche, Juan buscó en su cartera algunas monedas sueltas. «¿Queréis algo de la máquina?», preguntó a nadie, a todos, la fórmula habitual de cortesía, y sin esperar respuesta salió por el pasillo. Café solo, 50 céntimos. Se acercó a la pared acristalada, que le devolvía su reflejo, el rostro cansado, el faldón de la camisa colgando. Viernes noche, gilipollas. Cogió el vaso en alto, con el brazo en ángulo recto, el gesto del bebedor de cubata al acecho, e inició un paso de baile torpe y casi estático, apenas un balanceo suave de caderas, siguiendo su reflejo en el cristal, y silbando una melodía pretendidamenteailable. Gilipollas.

Paloma escuchó el «buenas noches» de Carlos, que ya enfilaba el pasillo mientras se colocaba la cazadora. Espera, Carlos, gritó, sorprendiendo al resto de empleados. Me bajo contigo, solo tardo un minuto en cerrar el ordenador y recoger mis cosas. Como quieras, respondió Carlos, pero me voy en autobús, no voy para el garaje. Paloma dudó un instante, con el dedo sobre el botón del ratón y el desplegable informático listo para dar la orden de apagar. Ya, bueno, entonces no me esperes, ya salgo yo en un rato. Carlos hizo un gesto de despedida con la mano y aceleró por el pasillo en dirección al ascensor. Dos minutos después, Paloma, que seguía quieta con el mismo gesto, miró de nuevo el pasillo. Qué tonta, podía haberle dicho que le acercaba, y nos íbamos juntos. Pensó que todavía podía alcanzarle, acabaría de salir del edificio. La parada del autobús estaba a unos doscientos metros, siguiendo la acera, al final de una calle con edificios de oficinas y un par de almacenes, llegando ya al cruce con la autopista. Bien iluminada, farolas nuevas, pero. Qué idiota, qué idiota. Recuperó en la pantalla el documento cerrado, y empezó a teclear con rabia.

Ernesto detuvo el tecleo pero sin apartar los dedos de las últimas teclas pulsadas. Miró de reojo al teléfono que de nuevo vibraba loco sobre la mesa. Agachó levemente la cabeza para ver bien el nombre familiar que mostraba la pantalla, y enseguida ahogó el cas-

tañeo con el tecleo energético en el ordenador, compulsivo, puro ruido, como un piano frenético

jdfbuewgfbuebufbuebufbefnksnkdnskmsndiksndnksdifhdsnsndnksndksmnkd

por fin se detuvo el teléfono, y unos segundos después, cuando esperaba la señal del mensaje dejado en el buzón, empezó otra vez a vibrar y guiñar luces. Ernesto reanudó el tecleo sin sentido

dgnjdnfjndjfbusbuodnksdnksmnkdbnuxbcnsdmlsginisnduobusdnsmndmsd

hasta que el aparato descansó. Tras unos segundos de calma, emitió su último destello, flojo. Ernesto desatendió el aviso de mensaje y siguió tecleando un rato. Se levantó, se acercó al bidón de agua, llenó el vaso y se lo bebió en varios sorbos, mirando por el ventanal. Por la autopista ya solo pasaban camiones, y pensó en las rutas nocturnas, la cabina oscura y la radio sintonizada en cualquier programa de confesiones insomnes, la camaradería de los conductores, los bares habituales, los viajes internacionales, varios días de ida y vuelta. Volvió a su mesa y cogió el teléfono, marcó y esperó a escuchar la grabación con la voz chillona, conocida. «Ernesto, cariño, parece que lo haces a posta. Es más, yo creo que lo haces a posta, para joderme, que no me coges el teléfono para preocuparme. No me voy a acostar hasta que no llames, y ya hablaremos, qué coño es esto de desaparecer y ni avisar. Tu hijo, ni puto caso, se ha largado y ha dicho que se la suda lo que le diga. Has oído bien, que se la suda. A su madre. Pero claro, tú no estás aquí para poner en su sitio a ese mierdecilla, y así nos va en esta casa. Llama de una vez, joder, que ya está bien.» Ernesto apretó un botón y desconectó el teléfono. Lo guardó en el bolsillo de la chaqueta, colgada en su silla. Volvió los dedos al teclado, esta vez para escribir de verdad, continuar el trabajo. Tras un par de minutos, recuperó el teléfono y lo encendió. Lo dejó sobre la mesa y siguió tecleando, aunque cada pocos segundos miraba de reojo al cacharro.

Luis encendió otro cigarrillo, el cenicero de nuevo lleno, las pavesas cayendo sobre el teclado, sobre el tablero negro, sobre sus pan-

talones. ¿Cómo era aquel cuento de las vacas y los prados cercados? Algo sobre el esfuerzo colectivo y la suma de individualidades que desemboca en el beneficio común. Vacas, cercados. Ganaderos egoístas pero en el fondo provecho para el bien de la comunidad. Lo común, suma de los unos. ¿Era realmente un cuento favorable, o una crítica al libre mercado? A lo mejor lo leí en algún panfleto anarcoide, de esos que reparten en mi calle esos piojosos. Podemos buscarlo en Google. Era una buena historia, no muy manida, serviría para comenzar la conferencia. «Buenos días, señoras y señores. Gracias por darme la oportunidad de intervenir en un foro de prestigio como este. Es un honor y una responsabilidad dirigirme a ustedes. Déjenme empezar contándoles una historia. Imaginen un campo, un enorme prado. Y diez ganaderos, cada uno con su pequeña explotación. Pongamos vacas. Deciden cercar el prado, dividirlo en parcelas individuales.» Algo así, pero cómo seguía. Google, búsqueda rápida: «vacas cercado prado ganaderos». Nada, demasiados resultados y ninguno parece válido. «vacas cercado prado ganaderos economía libre mercado». «Señoras y señores, es una historia sencilla, rural, pero que nos dice más del funcionamiento del libre mercado que todos esos pesados manuales de economía para ejecutivos.» Luis, esto es genial, es una gran historia, a la altura de ese foro y ese público. Me encanta lo de las vacas y los ganaderos. Instruir deleitando. Horacio, *prodesse et delectare*. Google. Podemos meter algún latinajo, siempre adorna. O alguna cita de autor. Citar a los maestros antiguos. Incluso citar a Marx. Irónicamente, claro. El enemigo en casa. Desnudo y desarmado, aquí les dejo este cadáver calentito, señoras y señores. Más bien citar a Hayek. O Friedman. A ver, Google: «Hayek libre mercado». 56.700 resultados solo en español. «Hayek vacas cercados ganaderos libre mercado». *Su búsqueda –Hayek vacas cercados ganaderos libre mercado– no produjo ningún documento.*

La relación de la compañía con sus empleados se basa en la confianza.

Aquí no hay reloj ni ficha para controlar las entradas y salidas de los empleados, lo que posibilita una flexibilidad horaria de la que solo abusan los tres o cuatro aprovechados de siempre, comportamiento que puntualmente es denunciado por quienes nos vemos perjudicados por su actitud insolidaria. La confianza se manifiesta también en la entrega de una llave del edificio a cada empleado. Eso facilita la autonomía de cada uno, pues podemos permanecer en la oficina hasta la hora que sea necesaria, sin tener que depender de horarios de cierre de puertas. Además, no es extraño que algunos tengamos que venir un sábado o un domingo para aligerar carga de trabajo atrasado, y podemos entrar y salir con nuestra propia llave sin que nadie nos pida cuentas.

A mitad de una frase, Juan cesó su tecleo. Sábado. Domingo. Pensó en el fin de semana como un panel vertical lleno de casillas en blanco, que esperaban ser rellenas. Limpieza del apartamento. Compra en el hipermercado. Piscina. Cine, películas pendientes. ¿Televisión? Alquilar alguna película, porque los sábados por la noche, infumable la programación. Deben de pensar que todo el mundo sale los sábados por la noche, o que están cenando en casa con amigos, esas cenas estúpidas de parejitas, anfitriones con recetas originales, invitados que ponen el vino, música brasileña, conversaciones ingeniosas, y que acaban con juegos de mesa, anecdotario amarillento, chistes fáciles, risa alcoholizada. Deben de pensar que los únicos que ven televisión un sábado por la noche son viejos atontados y matrimonios aburridos. Y algún gilipollas soltero y con pocas habilidades sociales. Sábado sabadete.

Paloma se frotó los ojos, miró el reloj sin fijarse en la hora, se recostó en la silla, se tocó los riñones sobrecargados. Fuera, en la calle, se oyó un frenazo y enseguida el acelerón de un coche. Miró el reloj, las dos y media de la madrugada. Noche de caza. Dónde vas tan sola a estas horas, ¿quieres que te lleve a alguna parte? Anda, sube conmigo, una chica tan guapa no puede ir por ahí en plan caperucita, que hay mucho lobo suelto. Ven, lo pasaremos bien. Se frotó de nuevo los ojos, en un gesto que se pretendía representati-